



La Flor del Maíz



UNIVERSIDAD TÉCNICA DE BABAHOYO

Lcdo. Carlos Raúl Sánchez Vidal, Ms. C.

ISBN: 978-9942-606-17-4



Manual para elaboración de quesos
Universidad Técnica de Babahoyo

ISBN: 978-9942-606-17-4 (eBook)

Editado por:
Universidad Técnica de Babahoyo
Avenida Universitaria Km 2.5 Vía a Montalvo
Teléfono: 052 570 368
© Reservados todos los derechos 2023

Babahoyo, Ecuador
www.utb.edu.ec
E-mail: editorial@utb.edu.ec

Este texto ha sido sometido a un proceso de evaluación por pares externos.

Diseño y diagramación, montaje y producción editorial
Universidad Técnica de Babahoyo

Babahoyo – Los Ríos – Ecuador

Queda prohibida toda la reproducción de la obra o partes de la misma por cualquier medio, sin la preceptiva autorización previa.

LA FLOR DEL MAÍZ

ÍNDICE

	Pág.
Capítulo I “El Rosario de las Camelias “.....	6 - 8
Capítulo II Doña Fátima y su hija Flor.....	9 - 11
Capítulo III Mi primer Regalo.....	12 - 15
Capítulo IV Los periplos de un enamorado.....	16 - 20
Capítulo V Rumbo al Seminario Menor	21 - 22
Capítulo VI La actividad dentro del Seminario.....	23 - 26
Capítulo VII Nuevamente en casa.....	27 - 31
Capítulo VIII Dos encuentros apasionados.....	32 - 35
Capítulo IX La Tragedia.....	36 - 38
Capítulo X El porqué del nombre.....	38 - 39

DEDICATORIA

Este pequeño ensayo “La Flor del Maíz “va dedicado a la memoria de mi madre: Holanda Vidal de Sánchez, quien me enseñó el amor al prójimo, traducido en respeto a las personas - sea cual fuere su condición social, la ayuda humanitaria desinteresada para quien la requiere, y el amor a la tierra en la que nacimos y a la cual irremediamente volvemos Hoy, doña Holanda Vidal de Sánchez no está entre nosotros, pero yo sé que siempre estará conmigo.

A mi segunda fuente de inspiración: El hombre de campo, el campesino, el montubio, aquel que con su trabajo diario - a sol y machete - hace posible que nuestra tierra produzca y que esta producción beneficie a “los de la ciudad” sin que a la presente hayamos aprendido a respetar y reconocer su labor.

Completando la trilogía que hace posible este trabajo, emerge la figura de Flor – mi primer amor. A esta niña que fue la causa de esos sueños locos y el despertar a mi adolescencia, para Flor y a su memoria, este recuerdo escrito sobre la relación corta, ingenua - pero para mí – hermosa, cuyo escenario fue “El rosario de las Camelias”.

Con profundo Amor

El Autor

INTRODUCCION

Para quienes conocen los pormenores sobre el cultivo del maíz, montubios y expertos en el tema- debe resultarles extraño- por decir lo menos- este título: “La Flor del Maíz”- por cuanto el maíz no echa flor y por tanto el título de este ensayo estaría fuera de la realidad. Pues bien, en verdad, el maíz – previo al brote del fruto- deja entrever una espiga, lo que es señal de que la matita de maíz pronto dará su fruto, que se convertirá en choclo tierno y luego será maizón, para convertirse finalmente en el maíz, un producto aprovechado como alimento a nivel mundial.

“La Flor del Maíz” es una historia que se desarrolla en la parte costera de la provincia del Guayas, en los alrededores del cantón Balzar, al interior de una hacienda- ya desaparecida: “El Rosario de las Camelias”. En esta novela trato de plasmar las costumbres y tradiciones del pueblo montubio, que es uno de los pilares de la economía de nuestro Ecuador. El pueblo montubio tiene una riqueza cultural milenaria que se ha ido fusionando a través de los tiempos y en especial con la conquista española; pero ese mestizaje se ha mantenido con esas costumbres y tradiciones. Este ensayo describe a nuestro montubio en su trabajo, su alimentación, su alegría y formas de celebrar las fiestas, sus bailes tradicionales, etc mucho de esto se ha ido perdiendo a través del tiempo – absorbido por los avances de esta nueva era.

El despertar de un adolescente a la sexualidad mediante un encuentro fortuito con una mujer cargada de experiencia y con una adicción latente. La relación sana e inocente de este mismo jovenzuelo con la hija de esta mujer, son también parte de este ensayo. Nuestro pueblo no ha superado los tabúes de ciertas enfermedades sicológicas a las que le otorga el calificativo de brujería, malos espíritus, ritos satánicos etc. Me refiero a la enfermedad de la señora Fátima que padecía Ninfomanía- una enfermedad de exacerbación de las necesidades sexuales de la mujer y al no tener conocimiento sobre esta conducta sexual anómala – se teje alrededor de esto una leyenda.

En este contexto se desarrolla “La Flor del maíz “, los personajes son obtenidos de la realidad matizada con la leyenda, queda en los lectores elaborar sus propias conclusiones.

LA FLOR DEL MAÍZ

Aquel amanecer la plácida luz de la aurora lucía más resplandeciente , el canto del gallo - parte del concierto que la naturaleza nos brinda – fue mi despertador , entretanto estiraba mis extremidades –ritual que lo practicaba a diario, el resplandor de un sol que amenazaba con salir a cumplir su tarea diaria, sumado al jolgorio de las aves completaban este hermoso cuadro de un despertar campesino – imposible de trasladarlo a la ciudad, imposible de percibirlo en su totalidad , si no se lo vive en carne propia. Terminé mi ritual mañanero dando gracias a Dios por disfrutar de tanta belleza.

Desde nuestra casa de campo se podían apreciar las plantaciones de café, banano, cacao, maíz que- observadas desde lo alto - aparecían como grandes manchas de diversos colores como retazos de una sábana gigantesca, sirviendo de motor y dando origen a la creatividad e imaginación de poetas y pintores.

Mientras mi imaginación volaba a lo largo y ancho de esa gran sábana – reverdecida por las primeras lluvias de la temporada invernal - fui interrumpido por una voz conocida que traducía disgusto y apuro al mismo tiempo: Era la voz de mi padre, que desde la planta baja gritaba que el día había empezado y el campo nos esperaba para la faena diaria.

Parado junto a la puerta, mi padre refunfuñaba; ¡¡ Los sábados también se trabaja!! a lo que respondí: Ya voy papá, me estoy vistiendo. Desde la cocina – en la misma planta baja - mi madre intervenía; “deja al chico tranquilo, no lo apures ya va a salir “. Comentando en voz alta mi padre insistió: “A este, me late que los libros lo están haciendo un vago, ya no tiene tiempo para nada, pasa encerrado “dizque estudiando “y dirigiéndose a mi madre en tono acusador: Y tú y el cura tienen la culpa, le han metido en la cabeza eso de que si saca buenas notas lo mandan a Guayaquil al seminario menor ...¡¡¿¿dónde se ha visto que para vivir aquí se necesita estudiar ¿?? Mi madre no esperó dos veces para contestar; Y qué quieres ¿?? que mi hijo se quede en el campo para ser como tú ... sembrando y rajándose el alma para nada ¿?? En ese momento interrumpí lo que ya se había transformado en una discusión - ya estoy listo papá – dije mientras bajaba las escaleras terminando de colocarme el cinturón, para ir en dirección a la puerta de salida.

Mi madre se interpuso y tomándome por los hombros me dijo: anda hijo –señalando hacia la cocina y la mesa de comedor – sírvete algo, que tu papá puede esperar, hay un rico bistec

de hígado, como a ti te gusta; obedecí- en silencio y -bajo la mirada recriminatoria de mi padre - comí lo que mi madre había preparado.

Ya el sol resplandecía afuera, anunciando un día caluroso con ese “sol matador. “eran los últimos días de enero y ya habían empezado las fuertes lluvias – características de la estación invernal. El invierno por estos lares es eso: fuerte sol por las mañanas y lluvias igual de intensas por la tarde o noche.

Nuestra casa- típica casa de campo- estaba ubicada casi en el centro de la Finca, conocida para los lugareños como “El Rosario de las Camelias “Desde ella se dominaba gran parte de la extensa área de cultivos, entre los que se distinguía el maíz –que para aquel entonces – era el producto más codiciado por quienes realizaban actividades de sembrío La jornada del campesino –del montubio – como se lo conoce tradicionalmente tiene algunas etapas bien marcadas antes y durante la siembra de esta gramínea . Por ejemplo, cuando el terreno es nuevo se procede a la “despalizada” que es una labor de limpieza: Se reúnen los desechos recogidos y luego se amontonan para ser quemados (de aquí se obtiene el carbón que será usado en labores de cocina y otros menesteres). Se tiene cuidado de abrir las llamadas “mangas” que son espacios libres a distancia de medio metro antes de la cerca-límite hasta donde se extiende la “quemada”. Con las primeras lluvias se humedece el terreno y entonces se procede a “espequear” actividad que consiste en cavar los huecos en donde se depositan las semillas (2 a 3 pepitas de maíz) la excavación se realiza con maderos de laurel, teca o guayaba, de un metro de largo que terminan en punta capaz de introducirse en la tierra. Otra actividad propia de los jornaleros campesinos es la “rozada del monte o maleza” que se la efectúa a punta de machete –ejecución que los convierte en verdaderos artistas – capaces de hacer malabares con este instrumento que ha llegado a ser el símbolo del montubio - como clase trabajadora. Otra forma de limpiar la maleza en los terrenos es conocida con el nombre de “socolar.” (limpieza de la maleza cuando la mata de maíz alcanza una altura 50cm – a la rodilla más o menos).

Recorriendo la casa de la hacienda: Está compuesta de dos plantas. En la parte superior -a la que se accedía mediante una escalera que daba al pasillo- estaban los dormitorios – cuatro en total - ubicados dos de un lado y dos en el otro - separados por el pasillo. Los ventanales eran grandes permitiendo la ventilación íntegra de todo el piso.

En esta planta había un cuarto con servicio higiénico completo (ducha, lavamanos y batería sanitaria)- ubicado al final del pasillo, con agua suficiente, producto de la bomba que

abastecía todas las instalaciones de la casa .El techado era de zinc- ese zinc grueso, pero había un tumbado de teca (un tipo de madera especial para viviendas) que servía como protector contra el calor producido por el impacto de los rayos solares contra el zinc .Esta madera se usaba mucho para los pisos y tumbados. La casa adquiría un olor característico producto de este material. En la planta baja estaban ubicados el comedor, la cocina y un área tipo recepción. Comedor y cocina eran bastante amplios para permitir la atención de un mínimo de 30 personas que eran las que se reunían mañana y tarde – previo salir a cumplir con las labores de cultivo diario. Era en este sector de la casa en donde se organizaba la faena de cada día. Por aquel entonces estaba en pleno auge la producción del maíz – gramínea que era utilizada para la elaboración de los famosos “cachitos”- “tostitos” con tecnología de punta. Nuestro maíz era de excelente calidad (cero humedades), de allí el requerimiento para su siembra – pues era la base de la producción.

La cosecha del grano de maíz (la “cogida” le llaman los lugareños) era una fiesta de trabajo Todos los trabajadores querían participar e incluso había gente de otro lado que llegaba en busca de trabajo. Había tanto que hacer, tanto que trabajar que se necesitaban muchas manos para recoger la cosecha. Las cincuenta hectáreas eran muy bien cultivadas, en ese aspecto siempre se aprovechaba el mínimo espacio para sembrar la plantita de maíz.

Los recogedores del maíz a veces me traían a la mente la imagen de los Incas cargando el tesoro de Atahualpa con sus canastos a la espalda, sujetos como mochila. El trabajador o el “cuadrillero” como se lo solía llamar (porque el trabajo de recolección lo negociaban por cuadra, de allí la palabra cuadrillero). El trabajador para recolectar la mazorca tomaba como referencia una hilera e iba de mata en mata, recogiendo el maíz, lo desnudaban (quitaban las hojas de la mazorca) y lo colocaban en el canasto. Esta labor era realizada por decenas de cuadrilleros que laboraban en diversas horas de la mañana y tarde. El maíz así recogido se lo arreglaba en pilos o montoncitos para que las carretas- plataforma haladas por mulas, lo lleven a las grandes desgranadoras (se introducía el maíz en estos embudos enormes y por un lado salía la mazorca y por otro el grano) que operaban hasta altas horas. Una vez desgranado el maíz se lo trasladaba a la zona donde estaban los grandes tendales para el secado- proceso que duraba algunos días – para terminar, calificando su grado de humedad.

Una costumbre durante esta fase del trabajo era la de servir el famoso “seco de gallina” a eso de las 02:00 de la madrugada para revitalizar a quienes laboraban hasta esas horas en medio del ruido de la planta eléctrica, que proporcionaba la energía para la hacienda.

CAPITULO II

En la planta baja de la casa, se había formado un alboroto: risas, voces que se entrecruzaban, algo o alguien había transformado la tranquilidad del comedor, para armar un pequeño escándalo.

Los campesinos son amables y hospitalarios por naturaleza. Cuando se recibe la visita de personas ajenas al medio, las hacen sentir importantes. Aunque la mayoría de ellos no tienen una educación producto de las aulas escolares – sin embargo, poseen los valores morales y las reglas de cortesía rudimentarias, pero cargadas de sencillez y buena voluntad.

Mi padre y yo bajamos casi al mismo tiempo para verificar la razón del alboroto. Se había formado un semicírculo alrededor de una mujer de aproximadamente 30 años y su acompañante, una niña de unos 12 años –calculados por su apariencia. La mujer era de tez blanca, estatura promedio, cabellos castaños que le llegaban hasta la cintura, de una silueta bien formada, lo que era razón más que suficiente para ser el punto central de esta reunión no programada. La menor que la acompañaba tenía rasgos físicos similares a los de la mujer- motivo del alboroto - lo que hacía fácil deducir que se trataba de madre e hija.

La atención en las visitantes era tal que nuestra presencia no fue advertida por la mayoría de los presentes. Fue José Chicaiza - el hombre de confianza y capataz de la finca, quien reparó en nosotros acercándose de inmediato:

- Patrón, la señora anda buscando trabajo y como usted necesita alguien para que nos cocine y nos lave sería bueno que la contrate. Mi padre – con una sonrisa que denotaba sarcasmo le respondió: Cómo así, estas tan empeñosos para que la contrate ¿? a más tú sabes que es mi señora la que tiene la última palabra, lo que puedes hacer es ir a ver a la Señora y decirle que baje un momento ...
- El semicírculo que se había formado alrededor de las visitas se abrió para darnos paso ..y de pronto nos encontramos frente a. quienes eran el centro de atención de ese grupo

de hombres de campo , alelados por la figura de una mujer físicamente muy bien dotada .Mi padre extendió amigablemente la mano a la recién llegada haciendo lo propio con la pequeña , entretanto mi atención se fijó en la niña que permanecía pegada a su madre como pidiendo protección frente a tanta gente desconocida

- Su semblante era una mezcla de tristeza y añoranza, sus ojos recorrían el lugar disimuladamente, de tiempo en tiempo bajaba la mirada al piso para luego mostrar sus ojos color cielo, perfectamente combinados con el color de su cabellera – reflejo del Astro rey. Su piel bronceada, fresca como la aurora, cual flor al amanecer, para mí era una reina en miniatura y sentí – por primera vez que mi corazón latía, en forma diferente, sin saber exactamente por qué. A mis catorce años sentía una sensación que me llenaba y despertaba el deseo de expresar algo a esa personita que lucía tan frágil, tan dulce y tan tímida, todo a la vez. Pensé para mis adentros: ¡Me gusta, que linda es! Era una expresión sincera, inocente ¡era mi primera vez !

Mi madre y mis hermanas ya habían bajado y se habían ubicado discretamente junto a nosotros. En ese momento, mi padre hizo un gesto de invitación a las recién llegadas para que se ubicaran en una mesa contigua a la gran mesa que usaban los trabajadores, dejando a los boquiabiertos testigos en medio del gran comedor.

Ya ubicados en la esquina del comedor y con un poco de privacidad mi padre inició el diálogo presentando a la familia: - Mi esposa la señora Blanca Carpio, mis hijas María del Rosario y Aurea Raquel y mi hijo Raúl Arnaldo – el mayor - que es el que me acompaña siempre en el trabajo. Una pausa y de inmediato la señora se presentó: Mi nombre es Fátima Zambrano, mi hija se llama Flor y venimos desde 24 de mayo (era un recinto cerca nuestra hacienda). El diálogo continuo y poco a poco entrábamos en confianza, las miradas de estudio silenciosamente se cruzaban entre la Señora Fátima, mi madre y mis hermanas; Flor y yo teníamos un duelo de miradas aparte, podía sentir que era algo recíproco – instantáneo. Mi padre continuó inquiriendo: Y cómo supo que en esta finca se necesitaba alguien para cocina y lavado ¿? La señora Fátima contestó: En el mercado del pueblo alguien comentó que por acá necesitaban quien cocine y lave para los de la finca.

- ¿Y su esposo, viene con Ustedes?
- Fátima: No, no. Estamos separados - ya más de un año

- Mi padre calló por un minuto, pero a renglón seguido manifestó: Acá en verdad necesitamos una persona para que cocine para los trabajadores – son alrededor de 30, además para el lavado de ropa de mi familia y el arreglo de la casa ... ah por la comida para mi familia no se preocupe, mi señora se encarga pues ella es muy jodida para la comida, incluso de vez en cuando ella le revisará como está la comida para los trabajadores. Para hacer todo esto necesitamos que viva aquí.....si Usted está dispuesta.....la señora Fátima interrumpió.... sí, no hay problema – para nosotros así es mucho mejor.

Mi padre procedió a cerrar el trato, no sin antes cruzar una mirada con mi madre – buscando la aprobación o el visto bueno final, el cual obtuvo con movimiento de cabeza.... Usted vivirá aquí (señalando el espacio contiguo al comedor) le vamos a acondicionar un cuarto para usted y su hija, voy a bajar una cama grande que tenemos arriba hasta comprar una para la niña. El sueldo será de diez mil sucres mensuales, se le comprará ropa y calzado, porque acá la costumbre es que cuando compro para uno de mi familia compro para todos, así que ese dinero puede servirle para sus ahorros. Diciendo esto se levantó añadiendo, ah me olvidaba. mi nombre es Arnaldo Sánchez casi todos me llaman Don Arnaldo...Bueno nos vamos al cafetal (se dirigió hacia mi persona con la señal característica de un jefe) así que

- Nos vemos a la hora de almuerzo – converse con mi señora para que la ponga al tanto de lo que pasa por aquí
- Mientras mi padre y yo salíamos, la señora Fátima le decía en tono de sumisión a mi madre: Señora Blanca..., yo necesito el trabajo, le prometo que haré todo lo posible por cumplir en la comida y lavado
- Mi madre sonrío y contesta: No se preocupe ya el trabajo es suyo, ahora venga para que conozca la casa y para entregarle algunas cosas que va a necesitar acá en el comedor
- Afuera yo luchaba por montar mi caballo, debido a mi estatura necesitaba de ayuda pues no alcanzaba la montura, José el capataz de la finca – se ofreció para ayudarme pues mi padre se hacía el desentendido a propósito. Mientras José me ayudaba me decía casi al oído: Oiga joven Raúl ...¡¡ Está buena la señora Fátima!! – y así ha de ser la hija de grande pues también es muy bonita.

En mi pensamiento – todavía ausente de malicia - Creí que lo de “buena” era por lo generosa que podría ser, pero no pasó por mi mente el verdadero sentido en que José lo decía.

CAPITULO III

La señora Fátima era en verdad una mujer hermosa: De buena estatura, con formas casi perfectas, arta y esbelta – (en lenguaje netamente montubio, es alta y esbelta) una cabellera muy bien cuidada, de mirada sensual, labios lujuriosos que dejaban entrever un desborde de pasión. Su presencia creaba un ambiente- mezcla de curiosidad y envidia por parte de las mujeres y la imaginación y fantasía obligatoria de los hombres. Tal como escribiera un bardo en su poesía: “Quién la vio – jamás la pudo olvidar”. Capaz de mantener una conversación amena.

Lo que le permite entablar amistades rápidamente, sin descuidar sus quehaceres- parte de su trabajo. A poco tiempo empezaron a correr rumores entre la gente de la finca con respecto a los amoríos de la señora Fátima con algunos trabajadores: Se decía que en la cama doña Fátima era insaciable y que necesitaba - no de un hombre para satisfacerse, sino de varios. Según el corrillo de las lugareñas, sus apasionados romances y sus candentes caricias- dejaban extasiados a sus amantes. Para unos, la experiencia era digna de repetirse, para otros, el saber que no habían llenado las expectativas de la fémina, era motivo suficiente para evadir un nuevo encuentro pues se sentían mermados en su machismo.

Justino, uno de los trabajadores de la finca, se jactaba de ser” buen gallo” en la cama y que era capaz de cantar en cualquier gallinero Todos sabían que fue uno de los que “le quedó debiendo” a doña Fátima – no pudo con ella en la cama y este chisme se había colado por toda la finca. La gente decía que esa mujer era una bruja que hechizaba a los hombres con su cuerpo y pasión candentes. Justino, en una noche de tragos contó su propia experiencia: “Era noche de luna llena y cuando me dirigía al granero –(lugar donde dormía tendido sobre unos sacos)- al pasar junto a la laguna observé a Doña Fátima – completamente desnuda, tal como Dios la envió al mundo- sin pensarlo dos veces bajé del caballo y me adentré en la laguna. Era como un zombi caminando hacia ese cuerpo de mujer, que no dio

pie atrás y con movimientos sensuales invitaba al placer y la aventura. Llegué junto a ella, la luna era cual reflector inmenso sobre el sensual cuerpo de Doña Fátima, el agua nos daba un poco más arriba de la cintura. Sin mediar palabra, nos comenzamos a besar como locos, perdidos de pasión y de lujuria, besé hasta el último rincón de su cuerpo, sentía que todo me quemaba por dentro, besé tantas veces sus senos que parecían dos volcanes en erupción, su silueta cual entorno de guitarra fina. Tantas veces la besé que mi lengua enrojeció al recorrer la hermosa piel de esta mujer una y otra vez ...la locura y el “calentón” que llevaba dentro pudieron más que mis hazañas de buen amante ... hasta quedarme sin aire. Una “correntada” recorrió mi cuerpo y terminé con mí acción sin dejar satisfecha a esa mujer que desbordaba de pasión “y pedía continuar en el trance

Después de esta confesión Justino - que se jactaba de ser un “gran gallo”- no volvió a cantar porque entró en una depresión suicida que no lo dejaba en paz.

Sobre Justino hay dos versiones: la una dice que después de una noche de copas ensilló su caballo y partió sin rumbo. No se lo volvió a ver más. La otra versión dice que “murió de amor” ... Simplemente, desapareció., fue como si la tierra se lo hubiese tragado.

Sí duda nadie sabía lo que padecía la señora Fátima, su adicción sexual se la tildaba de misticismo, brujería, posesión de algún espíritu maligno. La conducta de esta mujer no era normal, en psicología se la conoce como: Ninfomanía, que es “la exacerbación de las necesidades sexuales de una mujer “, es decir el desencadenamiento de las pasiones sexuales que a su vez son causadas por ausencia de afectividad marital y eso la lleva a estar con varias parejas – sin hallar satisfacción completa.

Para nuestra familia esto pasó desapercibido pues mi padre era muy reservado y no entraba en la chismografía de los trabajadores y a su vez estos no se atrevían a comentar nada delante de Don Arnaldo (así lo llamaban), al pueblo pocas veces iba y más se dedicaba al cuidado de los sembríos y de nuestra familia.

Cierto día - motivado por el calor - decidí tomar un baño en el estero que quedaba a no mucha distancia de la casa. Era invierno y para esta época el estero crecía – contrario a la época de verano en la cual se secaba. Cuando me aprestaba a descender al estero me percaté de la presencia de una persona que estaba de espaldas al sitio por el que yo había llegado. Era nada menos que doña Fátima quien se bañaba completamente desnuda

De inmediato no supe si continuar descendiendo o retroceder avergonzado, me incliné por la segunda opción y por algunos minutos perdí voz y aliento mientras admiraba las formas perfectas de esta mujer. Sus piernas, sus senos similares a esas esculturas talladas de forma perfecta, sin manchas ni nada que arruinara a la vista la hermosura de esta mujer. No podría decir si se percató de mi presencia, pero continuó bañándose con una sensualidad propia de las diosas. Me olvidé por completo del calor, de la sed y me dediqué en cuerpo y alma a mirar extasiado este regalo de la naturaleza. Mientras doña Fátima se bañaba daba la impresión de que pedía ser acariciada, pasaba sus manos enjabonadas por todo su cuerpo: sus senos, su vientre, sus vellos vaginales no escaparon de ese toque sensual cubierto de espuma. El tiempo corrió, pero para mí fueron momentos largos, sin tiempo. Cuando terminaba el espectáculo me alejé discretamente hacia donde había dejado mi caballo, me encaminé de regreso a casa y sin reparo alguno tomé un baño frío mientras pensaba en las imágenes de doña Fátima, que fueron mis compañeras durante gran parte de aquella noche.

Al día siguiente -bajé para desayunar y cuando entraba al comedor observé a mis hermanas que jugaban con Flor. Nuestras miradas tropezaron y esta vez la sonrisa amistosa de Flor me pareció angelical, algo recorrió todo mi cuerpo y el corazón empezó a palpar aceleradamente. Para mí fue lo mejor de la mañana, y el resto del día mis pensamientos fueron para ella, estaba seguro de que el sentimiento era recíproco, había llegado a la conclusión de que estaba enamorado y deseaba transmitirle mis pensamientos de alguna manera. La tarde fue cayendo y el rojo eucarístico del sol daba paso a las sombras de la noche, entretanto me seguía preguntando cómo y cuándo decirle a Flor que estaba enamorado de ella, que mi corazón le pertenecía. Se me ocurrió escribirle una carta, pero recordé que no sabía leer, no había ido a la escuela – de tal manera que esta forma no era la adecuada.

Y si hablaba con mi papá ¿?? No, tampoco era la forma..... seguro que me diría: Muchacho Hediondo – primero aprende a trabajar antes de estar pensando en pendejadas¡! O tal vez me mandaría a tomar una ducha fría para quitarme esas” ideas calientes”. No, definitivamente mi papá no era la solución. Por otro lado, las gestiones para ingresar al Seminario Menor estaban avanzadas y era casi seguro que después de estas vacaciones me iría lejos de la familia para regresar cada ocho meses, lo que implicaba que tal vez no volvería a ver a Flor quien sabe hasta cuándo ¿? Esto último me apenaba muchísimo.

Se me ocurrió entonces darle un regalo. Salí ese sábado al pueblo y compré una cajita de pañuelos, ahora el problema era ¿¿Cómo se los entrego ¿? mis hermanas habían hecho muy buena amistad con ella, al punto que la habían casi trasladado al cuarto con ellas y siempre andaban juntas, mi problema era entonces: ¿¿dónde y cómo se los entrego ¿'??

No se me ocurría nada, más por nerviosismo que por falta de creatividad – hasta que un día me acerqué a mis hermanas y les dije que unas gallinas estaban poniendo huevos alrededor de la casa y era necesario recogerlos antes de que se perdieran o sean devorados por los zorros (ya había colocado algunos huevos en sitios estratégicos)- mis hermanas - bien mandadas- salieron a cumplir lo ordenado. Cuando Flor bajaba en busca de mis hermanas y la estaba esperando – en forma disimulada, al preguntar por ellas le respondí que mi madre las había enviado a realizar una tarea, Flor se sintió apenada – pero aproveché para decirle que yo le haría compañía – que mis hermanas no demoraban, y que tenía un regalo para ella. Subí a mi cuarto para traer los pañuelos y por el nerviosismo no los encontraba, cuando se los entregaba escuché las voces de mis hermanas que entraban a la casa. Para disimular fui a la cocina y luego salí de la casa, de todas formas, no me atreví a decirle nada – excepto a entregarle mi regalo. Mis hermanas se percataron de la cajita y se apresuraron a preguntar de quién era y qué contenía. Flor no atinó a contestar y casi mecánicamente pone la caja a disposición de mis hermanas quienes sin pérdida de tiempo se enteran del contenido. Para esto, Flor les dice que los pañuelos eran de su mamá y que ella los había bajado para jugar.

María del Rosario le dijo que vaya a dejarlos pue se podían ensuciar, lo que aprovechó Flor para ponerlos a buen recaudo en algún sitio de su cuarto.

CAPÍTULO IV

Los pañuelos blancos fueron nuestro pacto secreto, aquello que selló nuestro acercamiento. Un pedazo de tul blanco confirmó lo que nuestras miradas expresaban, miradas que con el transcurrir del tiempo eran más profundas y estudiadas, que son el lenguaje silencioso y callado del alma. Aprendí, así como se puede acariciar con las miradas, como se reprocha, como se suplica, como se hiere y entonces pude entender aquello de “matar con la mirada “

Los días transcurrieron veloces, sentía como se escapaban las semanas y a su vezcuan cerca estaba de partir hacia lo que me habían prometido: Estudiar en el Seminario Menor lo cual debía concretarse en el mes de abril.

No sé a qué Santo me encomendé, pero un día de la primera semana del mes de marzo, encontré a Flor regando el jardín que había en la parte frontal de la casa , sin pensarlo, en un acto de arrebato bajé del caballo, tomé una flor roja, me acerqué cautelosamente (ella estaba de espaldas y no se había percatado de mi acción) y se la puse entre los cabellos a la altura de la oreja – tal como había visto en las modelos de los calendarios, cuando Flor giró –sorprendida – yo había perdido el miedo y estaba lanzado a esto que para mí era una aventura.“ Eres la niña más bonita que he conocido – tienes un lugar en mi corazón “ le dije , muy cerca al oído No sé cuántas veces había repasado estas palabras , pero salieron de mi boca sin que se me trabase la lengua – fue mi primer piropo de amor a quien para ese entonces ya se había convertido en la princesa de mis sueños . Flor no supo que decir, su rostro enrojeció, miró rápidamente hacia los lados, nerviosa, sorprendida – sólo atinó a decir gracias con su mirada mientras me regalaba una amplia sonrisa. Nos quedamos así por un momento – para mí fue una eternidad – salí casi corriendo del jardín hacia donde había dejado mi caballo – había completad mi porción de energía para el resto del día.

Ese pequeño acto me llenó tanto que todo mi trabajo lo hice bien, la naturaleza me pareció tan perfecta – como nunca antes – y culminé mi jornada sin cansancio y con una sonrisa gigante para todo aquel que saludaba.

Al siguiente día, mis hermanas desayunaban como de costumbre – en la mesa que estaba en un aparte del comedor general – era la mesa para la familia – Flor estaba con ellas y con su

mirada hacia pensar que algo o a alguien buscaba. Fue notoria su actitud al punto que una de mis hermanas le preguntó: Qué te pasa Flor ¿?? a quién buscas ¿???

Ella respondió – a nadie – a nadie - por qué ¿??

Mi hermana María del rosario replicó – estás que miras a todos lados – como si algo se te hubiese perdido

No, no es nada fue la respuesta de Flor, mientras controlaba su nerviosismo.

Cuando bajé a desayunar – mis hermanas y Flor ya se levantaba pues habían terminado, me apresuré a saludarlas - en realidad quería tener un pretexto para poder sentir la cercanía de quien era la causa de mi alegría y desearle los buenos días.

Salí con mi padre a recorrer la finca, mi actitud era diferente: Sentía mi caballo más liviano que antes, el olor a campiña me resultaba más agradable que de costumbre, hasta mi padre me preguntó ¿Y qué has comido que estás más ligero que antes ¿?? ¡¡Estás eléctrico!! me dijo a manera de cháchara, yo respondí: nada – acompañando la respuesta con una sonrisa que significaba –“tú no sabes “. No tenía la menor duda: estaba enamorado – “metido” como decían los obreros de la finca- cuando comentaban obre sus amoríos en la hora del almuerzo.

Por la noche, estaba entre el grupo de obreros de la finca que por costumbre se reunían en un sector del comedor y mientras charlaban de temas baladíes, tomaban un agua de yerbaluisa (planta aromática muy usada en los campos), resaltaban defectos y virtudes que de una u otra forma eran convertidos en motivo de risas. En ocasiones alguien terminaba “picándose” y se acababa la fiesta, pero a la mañana siguiente el incidente se olvidaba y todo volvía a la calma. Cierta noche cuando disfrutaba y este momento con los trabajadores de la finca, mi madre apareció en la parte superior de la escalera que conducía hacia la planta alta y con una señal me indicó que subiera. Así lo hice y cuando estaba junto a ella me rodeó con sus brazos y me dijo suavemente: Hijo, hoy me confirmaron que todo está listo para que ingreses al Seminario Menor, tienes que preparar tus cosas porque la próxima semana viajas con tu papá a Guayaquil....interrumpí para decirle – Creo que es lo mejor

Mi madre se quedó sorprendida por esa aceptación casi inmediata, pues las ocasiones anteriores que se había mencionado el tema de mi viaje a estudiar – mi reacción fue de resistencia a salir para Guayaquil. Y es que, a mis doce años, no concebía otro estilo de vida que no sea mi finca, mi campiña, la relación con los obreros -de quienes aprendía los

“secretos de los hombres “, dejar todo esto, para mí era imposible. Pero de pronto la resistencia se había transformado en aceptación y la reacción que esperaba mi madre no se produce, de manera que la pregunta que quedó flotando en medio de la corta charla era: Qué había ocasionado el cambio

En realidad, mi forma de ver las cosas había cambiado y este cambio se debía a Flor – sí, era ella quien había influido para aceptar dócilmente el salir de la finca para ir a la ciudad a estudiar. Mi pensamiento apuntaba a estudiar, regresar lo antes posible y poder llevarme a Flor, tal como había visto hacer a muchos de los trabajadores de la finca con sus parejas – muchachos jóvenes que a los quince o dieciséis años ya tenían su compromiso – esto era muy común en este medio – era considerado normal y a ello apuntaba mi decisión de obedecer a mi madre, pero pensando que pronto estaría de vuelta y tendría a Flor conmigo como mi mujer.

A una semana de mi viaje me parecía que los días volaban y que las actividades se realizaban con más rapidez. Mi salida hacia la ciudad ya era conocida por todos y no faltaban los abrazos y los comentarios de los obreros que en una u otra forma me despedían preguntando pormenores de lo que iba a estudiar, por cuanto tiempo iba a permanecer fuera etc. Flor ya estaba enterada de mi partida y con sus miradas me pedía una explicación sobre lo que para ella no era entendible. El cambio en su actitud fue notorio: Estaba más callada, más reservada había vuelto a ser la Flor que cuando llegó a la finca pretendía no hacer amistad con nadie. Mis hermanas – María del Rosario y Aurea Raquel - que habían sido gestoras del cambio a partir de su llegada, habiendo logrado convertirla en una persona más comunicativa, integrándola como una más de la familia, pronto captaron su actitud y no dejaban de preguntarle qué era lo que había ocurrido, pero Flor no contestaba abiertamente – limitándose a decir: no es nada, no pasa nada. Se tornó imperioso tener un encuentro a solas con Flor para explicarle acerca de mi viaje. En la primera oportunidad que tuve, le pedí vernos en el jardín que estaba frente a la casa, A las 10 de la noche – hora en que ya todos descansaban. El día entero pasé pensando como actuaría ... finalmente llegó el momento: Estuvo primero en el lugar indicado – un rinconcito del jardín donde casi no se notaba nuestra presencia – me comía las uñas de los nervios - entre los rosales que eran testigos de mi espera. Reconocí los pasos

de Flor y de pronto estuvo frente a mí – sentí como el viento me hacía llegar el olor a cuerpo de mujer y sin decir nada – sin mediar palabras nos dimos nuestro primer beso. ¿Cuánto duró ¿? no podría decirlo – pero hasta hoy -después de haber besado a otras mujeres – puedo afirmar que ese primer beso ha sido imposible de olvidar. La inocencia mezclada con la pasión natural son los ingredientes que han permitido a mi memoria retener por muchos años ese beso mezcla de alegría, debut y despedid, ansiedad, algo de locura juvenil y por encima de todo: Cargado de ese sentimiento que todos podemos sentir, pero que es imposible definir, apenas algunos podemos intentar describí: Eso que llamamos ¡¡ Amor!

Las preguntas no se hicieron esperarlas respuestas tampoco, habíamos tardado mucho en encontrarnos y había mucho de qué hablar, hubo momentos en los que callamos, como tratando cada uno por su cuenta de recordar todo lo que habíamos planeado preguntar. Disfrutamos del silencio, del olor a rosas, del cielo adornado por una enorme luna llena – la gran lumbrera - como lo señalan las escrituras, creo no haber tenido un momento más tierno que este en muchos años. Merced a esto puedo entender con más claridad en que radica la esencia del amor ...del primer amor.

Detuvimos el tiempo, nos prometimos tantas cosas: Flor estudiaría, yo volvería cada vez que pudiera (podría escaparme los fines de semana ¿??. tendríamos nuestro punto de encuentro en la finca, en fin... ¿qué se promete uno a los doce años ¿??? Jugábamos a ser grandes y pensábamos como adultos – al menos eso creíamos.

Nos despedimos...no con un beso.... con muchos besos, ¡¡¿cómo se siente uno cuando ha besado a la mujer de sus sueños ¿? “estar enamorado es ver lo hermoso y bello de la vida “dice una canción y recordando esos momentos me uno a la expresión del autor de esta letra ... regresé cantando ...subí las escaleras a grandes saltos y tan pronto como pude, estuve boca arriba en mi cama, recordando paso a paso nuestro encuentro – soñando despierto - expresión que ahora la entendía perfectamente ... esa noche fue mi gran noche.

A la mañana siguiente estaba pletórico de alegría, era capaz de hacer todo lo que se mandase, mi espíritu se había robustecido –era dueño del mundo – nada era comparable a lo que sentía. Antes de salir con mi padre a nuestra faena diaria alcancé a ver a Flor cuando bajaba con mis hermanas a desayunar. Cruzamos nuestras miradas por más de un momento, pude captar el mismo sentimiento en Flor, y eso aumentó mi felicidad.

Se acercaba el fin de semana y por ende la fecha de mi partida. Los días se me hicieron cortos más aun cuando no pude concretar un nuevo encuentro a solas con Flor. La confianza de la Señora Fátima y de su hija había crecido entre nuestra familia y había mayor acercamiento entre nosotros, tuvimos algunos diálogos cortos y ya me arrepentía de tener que salir a la ciudad y abandonar esto que era mi primera ilusión, pero la decisión estaba tomada y no había lugar ni razón para dar pie atrás en mis planes de estudio. Cómo decirles a mis padres que me había enamorado y que no quería ir a Guayaquil ¿'?? aun aceptando esto como hecho cierto, no era razón suficiente para dejar de estudiar y en eso si estaba claro.

Domingo por la noche: Se nota un ajeteo diferente en la parte superior de la casa, mi hermana, mi mamá se encargan de preparar mi maleta. Todo está listo: La ropa, los útiles de aseo, las recomendaciones de rigor – que sea respetuoso, que haga amigos, el consabido: “no te portes mal “(que es un mandamiento que resume todo lo que se pueda decir para aconsejar y cubre aquello que se pueda olvidar). Mis hermanas sentadas en mi cama observaban la maleta y me miraban como preguntándome en silencio: ¿sabes lo que te espera ¿? Sabes lo que vas a hacer ¿? Una mezcla de pena y envidia – poder ir a la ciudad, ese mundo diferente al que estábamos acostumbrados. Entre tanto, mi madre ubicaba cada prenda en la maleta , al tiempo que expresaba un consejo – a momentos prestaba atención y de pronto mi mente se trasladaba hacia la figura de Flor, recorría con detalles nuestro único encuentro a solas, volvía a saborear sus besos, a sentir su tibia piel, a recordar sus miradas de niña engreída, deseosa de cariño, luego me encontraba nuevamente en mi cuarto, siendo el centro de atención y de las miradas de mi madre y hermanas que no cesaban de verificar cada prenda que mi madre depositaba en mi maleta de viaje.

CAPÍTULO V

Es lunes por la mañana, todo está listo para mi viaje. La familia ha bajado hasta la orilla del río donde está la canoa que nos llevará al pueblo y de allí tomaríamos el carro hasta Guayaquil. Mi madre, mis hermanas, la señora Fátima, Flor, José -el hombre de confianza de mi papá - y unos 3 obreros de los más allegados eran el grupo que me despedía. Mi madre fue la primera en abrazarme y dándome un beso en la frente me susurró al oído: Este es el esfuerzo de tu padre y el mío, queremos lo mejor para ti, nos gustaría que seas un profesional y un día seas el que maneje esta finca. Mis hermanas se unieron al abrazo entre tanto mi madre se retiraba con lágrimas que no quería sean vistas por mí. La señora Fátima me abrazó diciéndome: “Estudie mucho” joven Raúl, para que regrese pronto. Seguía Flor y cuán difícil fue despedirme de ella: Parecía que todos se habían enterado de lo nuestro – pero no era verdad – para ellos era un abrazo de amigos, para nosotros era un abrazo de compromiso, de promesa, una despedida de corazones que latían acompasados por ese vínculo maravilloso del amor. Sólo atiné a decirle -

muy quedamente – “regresaré pronto “. me pareció un abrazo eterno y no fue tal –fue a lo mejor el más breve de todos, pero al tiempo el más ansiado. Luego vinieron José y los tres empleados de confianza; mis maletas ya estaban en la canoa y fue la voz del canoero la que nos advertía: “Nos hacemos tarde joven Raúl “, mi padre secundó y haciendo un gesto con su mano me indicaba que subiera a la canoa.

Mientras se encendía el motor, me acomodaba junto a mi padre y miraba a mi familia por última vez ...Flor, mi madre, mis hermanas, mis amigos, los espacios verdes de la finca, los árboles, el olor a campo ...típico, inigualable, ahora se confundía con el olor a río. Ancho, caudaloso, a los lados vegetación de toda clase, al frente sin límites visibles, aparentemente interminable, así aparecía el río Daule. La corriente estaba en contra de nuestro rumbo y el motor de la canoa rugía con fuerza para imponerse y avanzar entre los lechugines florecidos que flotaban a nuestro alrededor arrastrados en dirección de la corriente y chocando contra la proa de nuestra canoa a moto. Justo esta sensación es la que muchas veces provoca los famosos “mareos “a quienes no están acostumbrados a este tipo de viaje.

Mi padre, sentado junto a mí, se daba cuenta de mi tristeza y trató de darme ánimo hablándome del Seminario: Te va a gustar – me decía – vas a tener muchos amigos, hay

toda clase de juegos – canchas de fútbol, billar, básquet, después de un tiempo no vas ni a querer regresar a la finca y hasta te puedes olvidar de nosotros – pero queremos lo mejor para ti. En verdad yo estaba en esos momentos instalado en otro mundo ...pensaba en Flor en el momento de volverla a ver, en otras palabras: mientras mi padre me trataba de llevar con la mente al seminario, yo estaba de vuelta en la finca para ver a Flor – sin importarme lo que haya en el seminario. Mi padre notó que no estaba prestando atención y prefirió callar, así transcurrió el resto del viaje ... en silencio entre nosotros – sólo el ruido del motor de la canoa, el chapuceo de los lechugines que pegaban contra la proa de nuestro transporte fluvial. Tras media hora de viaje llegamos a Balzar en donde tomaríamos el transporte – una cooperativa del mismo nombre del pueblo – que salía cada media hora a Guayaquil. El viaje hacia la gran ciudad duró dos horas y media, en el transcurso casi no conversamos con mi padre – respetó mi tristeza y prefirió leer el diario hasta cuando estuvimos cerca de Guayaquil, entonces se levantó y habló con el chofer para pedirle: Por favor si me deja en el km 7 ½ cuando yo le indique ¿? ¡Claro jefe, usted me avisa nomás! Respondió el chofer ¡! efectivamente unos minutos más tarde, el carro de la “Cooperativa de Transportes Balzar” se detenía frente al Colegio “Bernardino Echeverría Ruiz” más conocido como el Seminario Menor.

Ingresamos al colegio y fuimos conducidos hacia el Rectorado, allí nos recibió el Padre Oscar quien tuvo una conversación con mi padre, mientras yo esperaba en el salón adjunto. Cuando ambos salieron de la oficina mi padre se dirigió hacia el Rector diciéndole: “Padre Oscar en sus manos dejo a mi único hijo, en usted confío “. El padre Oscar respondió: Queda en buenas manos – puede estar tranquilo – las vacaciones son cada 8 meses, puede venir a visitarlo cada 15 días y también escribirle si no puede venir. Mi padre y yo nos despedimos en el corredor, entretanto el padre Oscar daba indicaciones a otro sacerdote para que me lleve a conocer mi habitación y presentarme a mis compañeros de colegio con los cuales compartiría el año en calidad de interno.

CAPITULO VI

Los primeros días en el Seminario Menor me fueron indiferentes. El edificio donde nos alojábamos tenía dos plantas: En la planta baja estaban ubicados los dormitorios y los baños y en la planta alta había un gran salón tipo biblioteca donde realizábamos nuestras consultas y tareas diarias. El edificio donde estudiábamos estaba ubicado contiguo al internado. Poco a poco me fui familiarizando con el sistema de vida, eso incluía el trato con mis compañeros y el tiempo de estudio, pero siempre mi mente partía de regreso a la finca y - sin previo aviso - me encontraba pensando en Flor en medio de una clase de matemáticas o de Teología. El horario de actividades no permitía mucho tiempo libre y esto en parte era una ventaja pues estaba obligado a concentrarme en cada actividad. El ritmo diario era más o menos así: Con sonido de un timbre a las 04:30 am estábamos despiertos y rumbo a los baños luego pasábamos a la sala de estudios empezando la jornada con un “Padre Nuestro” y el “Dios Te Salve María”. luego a las 06:30 la Misa obligatoria y enseguida al desayuno. Desde las 07:30 am hasta las 13:30 recibíamos las clases regulares. El maestro de cada clase la iniciaba siempre con una oración. Después del almuerzo venía la jornada de la tarde dividida en: Limpieza de cuartos, deportes, baño, tiempo para un café con una torta hasta las 20:00 hora en la que teníamos la cena. Después de la cena había un tiempo de receso para los juegos de salón: Billar, ajedrez, tenis de mesa etc. Hasta las 21:00hrs en que las luces se apagaban en forma general. Ni un solo día dejé de pensar - al menos por un momento - en lo que era mi vida en la finca.

Entretanto transcurrían mis días en el Seminario, no dejaba de recibir correspondencia quincenalmente, mi madre me tenía al día de lo que ocurría y para mí era de suma alegría recibir noticias contadas en detalle y provenientes de una fuente de información que ameritaba absoluta confianza .Mi madre,” Doña Blanquita” - como cariñosamente la llamaban en la finca- era una mujer de principios - “chapada a la antigua “dirían algunos, pero esos principios los hacía respetar a “rajatabla “ entre nosotros como su familia y más aún entre los trabajadores de la finca, quienes la respetaban - no sólo por ser la esposa del dueño , sino por sí misma – se lo había ganado – Su conocida generosidad era para ella una práctica común , servir a los necesitados era para ella motivo de alegría . Por aquellos tiempos, si

alguien llegaba a la finca a la hora de almuerzo o merienda había un plato extra asegurado para el visitante sea o no del sector. Solidaria - especialmente - con las mujeres de los trabajadores, no dudaba en reprender con autoridad a los varones, cuando éstos abusaban de su condición de “machos” (situación común en el campo) descuidando sus obligaciones familiares.

Las cartas iban y venían - eran mi bálsamo cada quince días- y luego las releía entre semana, no me cansaba, me entretenía y era como transportarme a la finca y ser parte de los acontecimientos diarios relatados por mi madre.

En una de sus cartas mi madre me contaba que Flor estaba asistiendo a la escuela y se mostraba deseosa de aprender a leer y escribir. Me alegró sobremanera esta noticia y de inmediato imaginé a Flor escribiéndome para contarme de su actividad – pensé también que tendría una forma segura de decirle lo mucho que la extrañaba y enviarle mis poemas escritos para ella. Le pedí a mi madre que le dijera a Flor que ir a la escuela era lo mejor que podía haber decidido, que la ayudara y le tuviese paciencia. Le mandé a decir esto en una carta para que mi madre se la leyera.

Irónicamente, cuanto más anhelaba pasar mis primeras vacaciones en la finca, los padres que dirigían el Seminario, toman la decisión de pasar las vacaciones con los internos en Riobamba, con los alumnos de otro seminario que había en esa ciudad. El propósito era intercambiar juegos y participar de una actividad conocida como Apostolado.

El lugar al que fuimos de vacaciones era el Seminario menor de San Luis de Gonzaga, quedaba no muy cerca de la ciudad y desde su ubicación se podía apreciar las faenas de campo de los habitantes de los alrededores, sus humildes viviendas, lo que para mí era familiar pues yo venía de un ambiente campesino y la diferencia era sólo de clima.

Los padres habían programado un curso de catecismo para adultos y jóvenes. Nos enviaron en grupos de 5 estudiantes a un recinto llamado Chaguarpata para impartir las enseñanzas del catecismo. Los planes para ir de vacaciones a mi tierra y ver a Flor, se desvanecieron en este trabajo rural, pero me sirvió para mantener vivo el recuerdo de mi campo, de mi finca de mi Flor.

Las cartas enviadas por mi madre, daban cuenta de los avances de Flor en la escuela: Era una excelente estudiante, la primera en su clase. El conocimiento es la puerta hacia la libertad y la forma de ver la vida fue cambiando en Flor, moral e intelectualmente creció y pudo ver con claridad muchas cosas, al tiempo que eligió sus principios y decidió

respetarlos y mantenerlos. No se imaginaba Flor que sus avances escolares le traerían problemas serios con su mamá- la señora Fátima.

La conducta de doña Fátima era de doble vía: Por un lado, era sumamente responsable y trabajadora, dando la impresión de ser una señora respetable, pero por otro lado su moral se resquebrajaba debido a su desordenada vida sexual. Mis padres no habían descifrado esta dualidad y sólo conocían la faceta de trabajo responsable de esta señora. Naturalmente que esto en un ambiente campesino no puede permanecer encubierto por mucho tiempo y pronto llegarían a oído de mis padres - los comentarios del desorden que envolvía a doña Fátima en su vida íntima

Flor, al ver el desorden moral de su madre empezó a intervenir, reaccionando con furia en muchas ocasiones, lo que provocaba la ira de doña Fátima que se sentía presionada por una “mocosa”, que pretendía –según ella – enseñarle principios de moral o religión. Las discusiones se hicieron más continuas y el maltrato físico fue la forma en que doña Fátima pretendió callar los reclamos de Flor.

Para aquel entonces , aprovechando que una familia de las que trabajaban en la finca se había marchado , la madre de Flor – doña Fátima - había pedido a mi padre ocupar con Flor la vivienda que quedaba desocupada – petición que fue aceptada por mi padre que no pudo intuir el propósito que tenía doña Fátima : Tener libertad suficiente para evitar ser descubierta o vigilada por mi familia en relación con su actividad amorosa .

El correo se había convertido en una de las actividades más ansiadas dentro de la vida en mi calidad de estudiante “interno”. Leer las cartas recibidas una, dos y hasta tres veces

Era uno de mis pasatiempos – más aún si en ellas había alguna referencia a Flor y su actividad. Una de estas misivas escrita por mi madre, daba cuenta de un hecho que me dejó perturbado: Flor había salido de la escuela con dirección a su casa, antes decidió pasar por el jardín que había frente a nuestra casa y mi madre la vio juntando un ramillete de rosas. Mi madre preguntó – Para quién llevas esas rosas ¿? Respondiendo Flor: Doña Blanquita son para mi mamá – hoy es el día de las Fátima y es su cumpleaños ¡! y aunque sea le voy a llevar este ramo como un regalo¡! Mi madre hizo un gesto de aprobación y añadió: ¡dale mis saludos, si puedo le prepararé una torta para la noche - como una sorpresa – Flor agradeció y continuó su camino alegremente.

La casa en donde se habían ubicado para vivir solas era la típica casita de campo: A la entrada un espacio pequeño para los animales doméstico, la escalera de madera hacia la parte alta donde había dos divisiones: Una pequeña para el fogón y otra para el dormitorio. Las paredes eran de caña, el piso era de madera y había una ventana a cada lado de la casa. Cuando Flor se acercaba a su vivienda escuchó un crujir de la madera que venía del dormitorio y ruidos extraños mezclados con voces y gemidos, al asomarse se encontró con un cuadro que la dejó inmóvil por segundos: Su madre y José – el hombre de confianza de la finca – completamente desnudos sobre la cama. José se vistió “a la velocidad del rayo”, avergonzado y sorprendido –sin decir una palabra salió precipitadamente – camisa en mano y saltando las escaleras se perdió entre los árboles que rodeaban la vivienda. La señora Fátima no salía de su asombro, empezó a vestirse lentamente mientras increpaba a Flor por haber “entrado sin avisar”. Flor no supo que hacer – si salir corriendo o ingresar al cuarto-de pie junto a la entrada al dormitorio y todavía con el ramillete de rosas entre sus manos, temblando de rabia y vergüenza se echó

a llorar. Doña Fátima descargó su frustración golpeando a Flor por “malcriada y metida”, para evitar la paliza Flor salió corriendo hacia nuestra casa y llegando agitada y llorosa le contó a mi madre lo sucedido. Mi madre salió de inmediato en busca de doña Fátima y la encontró en la planta baja, increpándola por lo que había hecho: ¡¡ Señora Fátima – qué le pasa a Ud. con la Chica ¿?! es tanta su “calentazón” que ni siquiera respeta a su hija ¿? Por qué no se va lejos a revolcarse con cualquiera en vez de hacerlo aquí frente a una niña ¿? es que no quiere a su hija ¿? Doña Fátima no contestó – se limitó a inclinar su rostro – realmente se sintió avergonzada o doblemente frustrada ¿? Lo cierto es que no respondió.

Capítulo VII

La vida en el Seminario (para los internos) era un poco más difícil que para los estudiantes externos: Empezando por la hora en que nos levantábamos y considerando que mientras los estudiantes de cursos regulares quedaban libres de control después de las 13:30, nosotros continuábamos la rutina bajo control y en períodos estrictos para deportes, estudio etc. Hasta quedar bajo las sábanas a la 9 de la noche. Con el tiempo esta rutina se hace parte de uno y el cuerpo se acostumbra al horario – “el hombre es un animal de costumbres “- pronto comprobaría la verdad que esta frase encierra. Los meses del segundo curso fueron transcurriendo de manera normal. En cuestión de materias tenía buenas notas y esto hacía la diferencia con respecto a otros estudiantes. Se acercaba diciembre y el Rector del seminario nos mandó a llamar a su despacho para decirnos: “Hijos, tienen buenas notas en conducta y aprovechamiento así que podrán ir a casa y disfrutar de sus vacaciones – pero antes – tendrán que organizar la Novena de Navidad y luego podrán partir. La noticia me desconsoló – yo contaba pasar con Flor y mi familia la navidad. No pude evitar que mis ojos se pusieran “vidriosos”, lo que fue notorio para el Padre Rector - quien se acercó discretamente para decirme: Ten paciencia Raúl, vas a ir con tu familia para pasar el año nuevo y tener tus vacaciones, ahora no puedo hacer excepciones, pues ello rompería la disciplina y además tú eres importante para organizar a los demás en el programa de navidad y las” posadas”. Sin mirar al Padre Rector, hice un gesto de asentimiento con la cabeza y me retiré a mi cuarto. La preparación de los programas navideños, la agitación propia de las prácticas y ensayos disminuyeron en parte, mi decepción de no estar para navidad con Flor y los míos. Por momentos recordaba aquel refrán –muy popular entre la gente de campo: “Al mal tiempo buena cara “y eso me proveía del ánimo para concentrarme en lo que hacía. Llegó el ansiado día: 24 de diciembre. La programación estaba en su punto, desde la mañana entonábamos canciones navideñas, por la tarde había juegos de recreación y en la noche se presentaba “el plato fuerte “: Obras de teatro, comedias que se exhibían a la entrada de la sala de estudio, terminando con “las posadas” que las llevábamos a los diferentes sectores tanto del Seminario Menor como del Mayor. La “Misa de gallo” era el

sello final de la programación y en verdad que era un momento con alto contenido de solemnidad, mezcla de alegría, respeto, espiritualidad lo que se impregnaba en el ambiente de una manera especial. Todos los seminaristas vestidos de blanco, el padre que celebraba la misa con toda la indumentaria sacerdotal lucía impecable. Aun en este momento de máxima religiosidad la imagen de Flor aparecía por momentos – sin que pudiera evitarlo – tal vez para compartir calladamente lo sublime de este acto o para intercambiar telepáticamente su pensamiento con el mío, lo cierto es que ahí estaba Flor -conmigo, en plena “Misa de Gallo”.

El banquete que vino después fue bendecido por el Padre Mayor del seminario y todos dimos gracias por estos momentos de ágape con los que finalizábamos el año. La comida estuvo –realmente – deliciosa. Aquella noche caímos “como piedra “en nuestras camas, habíamos roto la rutina y sumada la tensión de toda la actividad navideña, el sueño era el resultado lógico y obligado para reparar nuestro desgaste energético.

Al amanecer – después del aseo de rigor – sin esperar por el desayuno – estaba listo para partir. Fui hasta la Dirección, me acerqué al padre Mayor y le deseé lo mejor para el nuevo año, de inmediato salí hacia la portería en espera de mi madre que pasaría a recogerme.

Transcurrieron cinco minutos y apareció la silueta conocida del carro de la finca. Se detuvo frente a la entrada y me acerqué deseoso de abrazar a mi madre, pero me encontré sólo con el chofermi madre no estaba y eso me ocasionó un malestar y temor que no fui capaz de disimular. Pablo, el chofer, supo leer perfectamente la preocupación marcada en mi rostro y se apresuró a decirme: Joven Raúl – no se preocupe - su mamá decidió quedarse en la finca para los preparativos de esta noche – han llegado músicos, va a ver cualquier cantidad de comida ¡! la fiesta va a ser en grande¡¡

- Qué bien ¡¡ Qué bien ¡le respondí
- en realidad, me había tranquilizado y el susto de no ver a mi madre – se desvaneció – merced a la explicación de Pablo.

Durante el trayecto del Seminario hacia la finca Pablo fue “poniéndome al día “con respecto a los sucesos más sobresalientes ocurridos con razón de las fiestas de navidad. Yo escuchaba en silencio - esperando oír algo acerca de Flor – no hizo mención alguna Pablo notó mi silencio y preguntó: ¡¿Y usted qué me cuenta jefe ¿? Cómo se portan los

padrecitos en el convento ¿? No contesté de inmediato y Pablo insistió: ¡¿Son jodidos verdad - joven Raúl ¿?

Entonces respondí: No, no Pablo, allí lo que tienes que hacer es obedecer y estudiar - el resto es como todas las cosas, cuestión de enseñarse. Enseguida añadí: Y tú Pablo ¡¿cómo te portas con las chicas del pueblo –sigues con la Juana o ya la cambiaste por otra ¿?

¡¡ Ay jefe, jefe las mujeres se lo quieren llevar a uno a la fuerza y si es posible- casarlo por ahí mismo - por la iglesia ¡!.

Pablo continuó hablando de sus experiencias con mujeres – de cómo las conquistaba y luego se apartaba con cualquier pretexto – llegábamos a la finca y como para cerrar la conversación Pablo – en tono confidencial – me pregunta ¡¿y no sabe la última jefe ¿? Esa señora Fátima, la que nos cocina, ¿¡sí que ha sido candela¡!! Oiga jefe sí que es buena ¡! y lo hace con quien le da la gana – ahí sí que se aplica el refrán: “si como caminas cocinas, me caso con la cocinera “Sólo atiné a sonreír - aunque más que una sonrisa era una mueca de amargura, pues de alguna manera me afectaba que se hablara así de quien era la madre de Flor; pero en el fondo ya estaba preparado para estos comentarios pues mi madre me había referido el problema de la señora y el sufrimiento y la vergüenza de Flor.

Llegamos a la finca: “El Rosario” lucía igual por fuera, no se habían hecho cambios en la parte de la entrada: La misma cerca de púas, los troncos a los lados- de casi tres metros de altura - que sostenían el letrero – pintado con letras grandes en colores rojo y negro y una pintura que reflejaba una gran mazorca de maíz - ese era el emblema de la finca.

Le pedí a Pablo que me dejara en la entrada – para ingresar a pie - mientras él continuaba en la camioneta con mis cosas. Quería respirar nuevamente el aire a campo, a maíz, a hojarasca quemada. Una pequeña llovizna había caído en la madrugada pues el olor a tierra húmeda característico estaba presente recordándonos que la temporada invernal se había iniciado. Me sentí realmente feliz , estaba nuevamente en mi casa , para quien ha crecido en el campo la tierra es tierra y llama de donde te encuentres , eso se lleva en la sangre , con eso se nace y no hay que hacer esfuerzos para reconocer tu tierra sea esta una casucha en medio de los sembríos , una parcela , una finca o una gran hacienda , sea lo que fuere tu tierra es tu tierra.

Me había reencontrado mentalmente y no salía todavía de mis recuerdos cuando escuché la voz de mi padre que se acercaba a grandes pasos – Mijo ¡! véngase para acá que le debo un abrazo ¡mientras me expresaba palabras de bienvenida, me preguntaba casi en seguidilla

¡¿Cómo le ha ido en el colegio ¿? cómo están los curitas ¿? Lo tratan bien ¿? respondí: bien papá, muy bien todo por allá y mientras nos encaminábamos hacia la casa la mano de mi padre sobre mis hombros, manteniendo el mismo paso al estilo de los militares, por primera vez me sentí como un adulto, era como si al caminar juntos mi padre estaba diciéndome que ahora la responsabilidad era compartida. Ya en casa mi madre y mis hermanas - casi al mismo tiempo- se juntaron en un abrazo familiar una que otra lágrima de alegría y pronto me encontré sentado en nuestro rincón familiar dentro del comedor - rodeado por los míos que me preguntaban de todo casi al mismo tiempo. Como siempre ocurre en estos casos, llegó un momento en que - al parecer - se agotaron las preguntas y sin programarlo todos nos quedamos en silencio. En ese momento, la imagen de Flor surgió y sin meditarlo dos veces pregunté: ¿Qué es de la Señora Fátima y de Flor ¿? Las miradas de las mujeres se cruzaron y fue mi madre quien contestó: Flor está bien... la señora Fátima ...por ahí - ahora en el almuerzo las vas a ver Esa expresión “por ahí” me dio a entender que la situación no había mejorado y que las cosas no estaban tan bien. La mirada de mi madre era una expresión hablada y la capté - me estaba diciendo: después te cuento “.

La hora del almuerzo llegó: Me sentí realmente en casa, el bullicio del comedor, los trabajadores se acercaban a saludar, abrazos, frases de bienvenida, para unos había crecido un poco, para otros había engordado algo, el corte de cabello “estilo cadete “traía aparejada la pregunta que muchos me hacían: ¡¿Se va a hacer curita joven Raúl ¿? a lo que respondía con una sonrisa: “no, yo si me voy a casar “. Cuando se hacían los preparativos para servir el almuerzo había visto a doña Fátima y a Flor y por supuesto fui recibido con muestras de afecto por ambas. Doña Fátima con preguntas y bromas sobre “los curitas “y Flor hablando con sus miradas y sonriendo de vez en cuando,” llevando la corriente “a su madre. Por la noche mi padre había preparado la “bienvenida oficial” y el trabajo para ambas con la comida se duplicaría, pero de todas formas podría ver a Flor nuevamente por la noche, aunque -igual que ahora- la atención no sería sólo para mí, pero el solo hecho de saber a Flor cerca - ya era bastante.

Por la noche se iluminó la finca merced a la planta que producía energía suficiente para todo “El Rosario”. Trago y comida en abundancia , el aguardiente (trago fuerte) se servía por garrafrones (pomas grandes) , el menú era a elegir: pato, chanco y gallina preparados en diferente manera - “ a la criolla”- el clásico “ aguado” de pato , la fritada y el “seco de

gallina “Humitas”, ”mazamorra”, ceviche, las empanadas, los confites de leche; por supuesto que para la mañana siguiente tendríamos la “continuación “ con el “caldo de salchicha “ y el “calentado “ famoso plato preparado a base de lo que había quedado la noche anterior.

Esa noche fue una de mis mejores noches. La fiesta “se armó “, los músicos comenzaron a cantar tonadas montubias que sólo por esa zona todavía se recuerdan. Esos bailes de antaño como: la polka, la pavana, el pasacalle, el pasodoble. Durante y después de la “zapateada”, los invitados degustaban el menú. Yo bailé toda la noche con Flor de quien quedé más enamorado por su forma de bailar. Luego me enteré que mis hermanas le habían enseñado La alegría fue la tónica de la fiesta. Después de comer hubo un momento de serenata de canciones y amorfinos; Don Tranquilino comenzó a recitar muchos de los amorfinos que de joven había compuesto, cogió su guitarra y al compás de un estribillo, comenzó cantar y recitar:

En un sillón de bejuco
le canto a mi adorada
de mi guitarra sale la música
que se la dedico a mi amada

Flor se llama
la dueña de mi corazón
la historia que yo les cuento
es una historia de amor

Yo sé que está aquí
a mí me lo dijo un jilguero,
la Flor que me robó el corazón
la guía de mi sendero

CAPÍTULO VIII

Era la mañana del día siguiente – después de la fiesta de bienvenida, me había levantado temprano- la costumbre del rígido horario aplicado en el seminario estaba presente. Me fui rumbo al estero que desemboca al río con la intención de “echarme un baño “en esa piscina natural que era el estero – durante dos años no lo había hecho. Al acercarme al sitio escuché los chapuzones típicos de alguien que estaba en el agua, pensé que sería alguno de los trabajadores y sentí que sería mejor tener compañía, pero al llegar a la orilla del estero, justo donde terminaba el sendero había una pequeña bajada con escalones naturales hechos de tierra e inmediatamente uno se encontraba frente a este pequeño lecho de agua, un remanso de paz y frescura. La figura que emergía del agua una y otra vez, era la de una hermosa mujer, que totalmente desnuda surgía de las aguas del estero, cual diosa en su máximo esplendor –que abandona su reino subterráneo- para desafiar a los incrédulos mortales.

La señora Fátima emergía del agua y pasaba sus manos por su rostro para quitarse el cabello que caía sobre su cara y hombros. Me quedé paralizado, con la boca abierta y sin saber que hacer. Para aquel entonces, una que otra revista porno había llegado a mis manos, pero la imagen real que ahora tenía frente a mí, me intimidaba. Esperé alguna reacción de doña Fátima – tal vez que tratara de cubrirse introducirse de cuerpo entero en el agua, pero no ocurrió ninguna de las dos cosas. Al contrario una sonrisa pícaro y una mirada que era más una invitación abierta a compartir el momento, me halaron hacia la mujer – estaba como hipnotizado , cuando la tuve enfrente , la sangre me hervía y todo el entorno desaparecía , de pronto estaba buscando los labios de la mujer , mis manos recorrían desesperadamente el cuerpo caliente de esta hembra , sus senos erectos , los pezones completamente rojos fueron el blanco perfecto para mis labios que se prendieron locamente de uno y otro seno . Su piel era cual tapiz de fina textura, continué besándola de pies a cabeza, llegué a su vientre, toqué con mis manos su vulva – sentí como se expandía e instintivamente me encontré con sus labios vaginales enrojecidos, todo el cuerpo de su vulva como si fuera otro corazón palpitante , no sé cuántas veces hice este recorrido hasta que ella - mujer experimentada en este campo – me tomó del miembro colocándome en posición de tal manera que

penetrara su intimidad , sentí que me quemaba , el vaivén de su cuerpo me estremecía , volaba , entraba y salía una y otra vez , escuchaba gemidos de gozo , las venas de su cuello se brotaban como queriendo reventar , sus manos me apretaban contra su cuerpo al tiempo que sus uñas querían clavarse en mi piel , fueron minutos intensos , hasta que sentí como salía de mi cuerpo una explosión de potencia que en dos o tres tiempos me estremecieron hasta dejarme sin fuerzashabía cedido a la naturaleza carnal y terminado – por primera vez - en los pechos de una mujer ardiente y sensual.

Todo quedó en silencio, - habíamos retrocedido hasta la orilla del estero - volví a escuchar los sonidos típicos de la naturaleza – el entorno volvió a ser perceptible para mí y allí estaba sobre esta mujer – dentro de ella - todavía no salía de mi asombro – por mi mente

pasaban mil y un pensamientos – ella permanecía con los ojos cerrados y con una expresión de complacencia. Atiné a ponerme de pie – todavía me temblaban las piernas - busqué mi pantaloneta y me alejé – casi corriendo - sin pronunciar palabra, hacia mi casa, llegué a mi cuarto y me arrojé sobre la cama.

El resto del día permanecí recordando lo que había vivido esa mañana en el estero, cada detalle venía a mi cerebro y nuevas sensaciones de placer me invadían. En realidad, soñé despierto, comparé lo poco que había visto sobre sexo con la experiencia junto a esta mujer y me sentía culpable a ratos y satisfecho a la vez. Culpable por haber traicionado a Flor y satisfecho pues me había “convertido en hombre “a decir de las conversaciones que había escuchado de los vaqueros y trabajadores de la finca.

Esa noche durante la cena, sentí la mirada maliciosa y escuché la risa burlona y picaresca de doña Fátima cuando compartía y coqueteaba con los trabajadores. No fui capaz de mirarla, sentía que mi cuerpo quemaba al recordar lo ocurrido en el estero e imaginaba que todos se enterarían de lo sucedido por boca de la misma señora Fátima

Mi temor era mayor solo de pensar en que Flor se llegase a enterar por boca de alguien y no sabía que podría responder llegado el momento. Entretanto mi complejo de culpa iba desapareciendo evité como pude encontrarme con Flor, no estaba preparado para verla cara a cara después de lo ocurrido

Transcurrieron algunos días en los que estuve atrapado por esos sentimientos encontrados de culpa y satisfacción, hasta cuando decidí una mañana hacer un recorrido

de rutina por la finca: Ensilé mi caballo y recorrí algunos de los sitios favoritos para detenerme bajo un árbol de naranjo – casi junto al río. Arrullado por la soledad y la paz de este paraje mi mente quedó en blanco y por un tiempo permanecí adormecido, sin más compañía que el sonar producido por la corriente del río y el trinar de los pájaros volando hacia sus nidos, llamando a su pareja o calmando a sus críos.

De repente sentí que alguien me observaba y lo profundo de esas miradas fueron suficiente impulso para despertar frente a lo que no había imaginado : Sentada junto a mí estaba Flor , con su cabello cual trigal mecido por el viento , una blusa color cielo , una falda ancha con estampados que hacían juego con sus botas de vaquero , en verdad se la veía como una princesa tomada de un libro de cuentos .

No hubo palabras previas en este encuentro, nuestros instintos juveniles hablaron su propio lenguaje y sin darnos cuenta nuestros labios se encontraron en cálidos y atropellados besos. Sólo alcancé a balbucir “” no esperaba este momento” mientras mis brazos atraían hacia mi cuerpo la figura delicada y fresca de Flor, de mi Flor. Con desesperación juntamos nuestras manos, labios y cuerpos hasta quedar tan juntos que escuchamos palpitar nuestros corazones, pudiendo percibir cada palpito en el cerebro. Pronto nuestra pasión rompió las barreras del miedo y cada vez las caricias fueron más y más atrevidas llegando a recorrer muslos, espalda y senos, no dejamos nada sin tocar – quería immortalizar ese momento y para ello debía sentirme dueño de mi pequeño universo. Flor no se resistió, respondió a cada intento y pronto me sentí dentro de ese delicado cuerpo. Un gemido, un suspiro nuestros labios que se juntan, la presión con que se muerden acallando aquel momento, la pasión que se apodera de cuerpo y mente nos funde en ese vaivén al que responden armoniosamente nuestros cuerpos. El tiempo se detiene, explotan nuestros cerebros, una sensación de bienestar y felicidad perceptible para ambos flota en el ambiente, aunque el ritmo ha cesado no queremos separar nuestros cuerpos, seguir uno dentro del otro es el sentir del momento y así lo hacemos: Ella y yo tendidos bajo la sombra del naranjo que desde ahora guardará nuestro secreto.

Continué acariciando su piel, sus cabellos, delineando con mis labios ese perfil griego, el espacio cargado de emociones y de encanto, el viento que susurraba sé que do a media, el riachuelo que seguía su curso se paralizó, el canto de los pájaros se quedó a medio cantar nos volvimos a besar con un beso más despacio diría más delicado. Ella se vistió despacio, para los dos éramos ya un solo cuerpo fusionado por el amor, por el destino.

De pronto las campanadas que provienen de la casa anuncian que es hora del almuerzo ... nos levantamos, cubrimos nuestros cuerpos y luego de vernos cara a cara volvimos a mordernos a besos ... para con un susurro decirnos “nos vemos mi amor... nos vemos luego “. Flor se alejó hacia la casa, entretanto yo me quedé “haciendo tiempo” volando con mi imaginación hacia otros tiempos, que los imaginé felices, mucho más felices que el vivido este momento.

Llegaba a la casa y sin querer escuché la recriminación que la madre de Flor le hacía: ¡¡¿No sabes que debes estar aquí antes del almuerzo para ayudarme ¿?? ¿¿dónde te metes te he buscado por todas partes y no estabas ¿?? pon los platos en el mesón y empieza a servir que la gente tiene ya rato esperando!! Las palabras fueron acompañadas de un “cariñoso” empujón, que no pasó a mayores. Cuando la señora Fátima se percató de mi presencia., me miró pretendiendo encontrar una señal de aprobación a sus reproches, pero al no recibir respuesta aprobatoria sino un movimiento de cabeza en señal de reproche, prefirió dedicarse a servir, murmurando frases que no alcancé a escuchar, pero si a imaginar.

De allí en adelante no tuvimos otro tiempo con Flor. Lo ocurrido con la señora Fátima quedó borrado de mi mente y en su lugar emergió la figura de Flor que pasó a ser el centro de mi preocupación y la razón de mi espíritu alegre cada día.

Por la noche, en mi cuarto recordé cada instante, cada momento con Flor, todavía vibraban las fibras de mi corazón, los músculos de mi cuerpo volvían a sentir el cuerpo virginal de aquella niña de quién me enamoré sin medida. Tomando pluma y papel plasmé lo que yo sentía en unas cuantas líneas, cargadas de frases de amor y mezcladas con letra de canciones que eran el impacto de la época y hacían suspirar a más de un enamorado. Discretamente hice llegar a Flor ese escrito que- para mí- eran lo máximo a mis catorce años.

CAPÍTULO IX

Un sábado por la tarde, la mamá de Flor le ordenó lavar toda la ropa que tenía depositada en una batea, más que una tarea fue una forma de castigo, pues flor había estado ausente por algunas horas, dejando a la señora Fátima sola en la preparación del almuerzo para los trabajadores. Flor había hecho esto a propósito, cansada de las recriminaciones constantes que - sin razón alguna - su madre le hacía, producto de la falta de tino para tratar con una adolescente como Flor. La famosa “brecha generacional “se ponía de manifiesto entre madre e hija. Obedeciendo a su madre – aunque de mala gana – Flor se fue al río a lavar la ropa.

Pablo – trabajador y hombre de confianza de mis padres – cuenta que Flor olvidó llevar jabón para el lavado y en razón de esto, hubo de regresar del río a la casa en busca del jabón, cuando ingresa a la vivienda encuentra a su madre con uno de los vaqueros de la hacienda en pleno acto sexual. Furiosa por lo sucedido la señora Fátima tomó una vara y empezó a castigar a Flor, ésta tratando de evitar el mal trato salió hacia el río, perseguida por su madre, quien balbuceando maldiciones y con la vara en mano trataba de darle alcance. En su huida Flor subió hacia la parte alta que terminaba en una especie de barranco, al fondo del cual se veía el río. Corriendo desesperada al tiempo que volteaba para mirar a su madre, en un momento Flor resbala por el barranco y cae al río desde una altura considerable. No se escuchó nada mas, no hubo gritos ni de auxilio ni de lamentos, el cuerpo de Flor no volvió a salir a flote.

La señora Fátima se quedó paralizada por lo ocurrido, arrojó al río la caña- con la que pensaba castigar a Flor - y por un momento pensó en lanzarse tras el rastro dejado por su hija. Luego de esperar unos minutos corrió hacia la casa principal de la hacienda gritando ¡¡ mi hija se ahoga! Mi hija se ahoga ¡!.

Eran las 3 de la tarde y pese a los esfuerzos de los trabajadores que se habían movilizad o hacia el sitio donde cayó Flor, su cadáver no aparecía. La batea con la ropa medio remojada era lo único que atestiguaba la tragedia. La versión que daba la señora Fátima sobre el accidente era de que ella la había mandado a lavar al río y que posiblemente, cuando regresaba con el jabón había resbalado por el barranco.

Anocheecía y aún no había resultados de la búsqueda, un mate con una vela encendida fue colocados en el río (costumbre de los campesinos -para encontrar el cadáver) se la buscó

toda la noche sin resultado. A la mañana siguiente se encontró el cuerpo de Flor en un recodo del río, a la altura de la población llamada Colimes.

El cadáver fue llevado a la finca y enseguida mis padres compraron el ataúd e hicieron los preparativos para el velatorio. En el cuerpo de Flor se apreciaban las huellas del mal trato recibido y esto lo palpó mi madre cuando cubría el cuerpo para ponerlo en el ataúd.

La versión de Pablo se confirmaba y mi madre no vaciló en recriminar a la señora Fátima – diciéndole que era la culpable de la muerte de su propia hija.

La señora Fátima no pudo negar la acusación, y mi madre le pidió que se fuera de la finca una vez que Flor sea enterrada.

Mi madre se encargó de todo lo relativo al velatorio: Mandó traer un sacerdote para celebrar la misa, después del día y noche del velatorio procedimos a la sepultura. Un ambiente de tristeza se evidenciaba en toda la estancia. Un silencio – propio de la tristeza y soledad cubría la hacienda. A petición mía, Flor fue enterrada a la sombra del naranjo que había sido testigo de nuestra entrega. Mi madre conocía de la historia pues yo se la había contado al pedirle se la sepultara en se sitio. Después del sepelio de Flor, la señora Fátima tomó su maleta y luego de agradecer a mi madre se despidió de ella y abandonó la Finca en medio de las miradas acusatorias de quienes sabían la verdadera historia de la muerte de Flor. Nunca volvimos a saber de la señora Fátima.

Lo ocurrido en nuestra hacienda fue motivo de comentarios de todo tipo. Por un tiempo “El rosario de las Camelias” fue el centro de conversación de propios y extraños. Así pude conocer algunas versiones que se asociaban a la tragedia. Una de estas versiones era de que, durante el tiempo de la conquista, los españoles mantuvieron relaciones carnales con las indígenas y precisamente una de estas nativas asumió una conducta descontrolada - entregándose abiertamente a los conquistadores. Este hecho fue juzgado por los ancianos de la tribu, quienes decidieron que la joven debía ser castigada y, en ceremonia propia de la justicia tribal - la joven fue llevada a la laguna - conocida como “ojo del río” - donde fue muerta a golpes de mazo. La leyenda dice que cuando la indígena fue masacrada estaba embarazada y después de algún tiempo se empezaron a escuchar en la laguna el llanto de una mujer y su tierno hijo. También se cuenta que el espíritu de la joven sale de la laguna - convertido en una hermosa mujer - e invita a los hombres a tener relaciones. Según los viejos - este espíritu se apoderó de doña Fátima y de allí su conducta sexual incontrolada. De esta leyenda también surgen varias teorías sobre lo que ocurrió con doña Fátima

después de abandonar “El Rosario de las Camelias”: Algunos dicen que muere atormentada por la pena y el arrepentimiento; otros afirman que terminó sus días en un cabaret de mala muerte y una versión más, afirma que continúa viviendo en la laguna ...llorando su vergüenza.

CAPÍTULO X

Había concluido mis estudios en el Seminario Menor y tal como era costumbre se realizó la convivencia vocacional entre los graduados, el propósito de este evento – o al menos uno de los propósitos era conocer quiénes de los jóvenes graduados desearían continuar para la carrera sacerdotal. No fue esa mi elección y regresé a la Finca con mis padres a participar en la producción del maíz - que para aquel entonces se había convertido en el producto de mayor cotización en el mercado - de tal manera que todos querían cultivar esta gramínea.

La muerte de Flor había coincido con el inicio de esta época fructífera de sembríos de maíz, la finca toda estaba como hechizada y envuelta en una producción generosa, se producía tanto y se vendía a tan buen precio que ya no había sitio para sembrar otro producto capaz de dar los resultados obtenidos con el maíz.

De cuando en cuando, al pensar en esta producción generosa, venía a mi mente el recuerdo de Flor y asociaba su partida con esta generosa producción. Salía al pueblo a recorrer sus calles, pero en realidad mi ánimo estaba por los suelos y sentí una terrible angustia y desilusión, difíciles de cambiar por algo mejor.

En uno de estos recorridos sin brújula, escuché el doblar de las campanas llamando a misa y me encaminé presuroso para estar en la celebración de la eucaristía.

Volví a recordar los cantos gregorianos entonados en mi época de estudiante en el seminario menor y escuché el evangelio expuesto por un hombre de palabra cautivante que hablaba como si hubiera vivido o visto lo que narraba. Sus palabras calaron en mí de forma especial.

Terminada la misa me acerqué al sacerdote que la había celebrado en forma tan elocuente, después de presentarme le pregunté: ¿Ud. no es de esta parroquia verdad ¿??

A lo que respondió: No, soy sacerdote diocesano, soy sacerdote dominico, como el patrono de este pueblo – (recién me enteraba que el patrono de Balzar pertenecía a la comunidad de los padres dominicos de la orden de los predicadores).

Conversamos mucho tiempo, me dio la impresión de que lo conocía de años atrás y al parecer este sentimiento fue recíproco.

Por coincidencia - este Padre – había sido el Padre Maestro en el seminario, llamado también Padre Formador, me invitó a pasar una semana en el convento, lo cual acepté con agrado.

Esa semana la pasé entre cantos y meditación y pensé en mi deseo de ingresar de manera oficial al convento. El Padre Maestro en una reunión a solas me preguntó si tenía claro mi propósito de ingresar al convento a lo que respondí que sí. En esta forma me vinculé a la vida sacerdotal – en parte, buscando refugio a mi nostalgia y por otro lado mi deseo de ser útil a los más necesitados.

Ingresé en calidad de postulante y luego de varios meses – junto a otros compañeros que entraron como yo, decidimos hacer el noviciado. Un 14 de agosto, día de la Santísima Concepción – fui investido como Padre Dominico. Eran las 5 de la tarde, cuando entre el Padre Prior y el Padre Provincial procedieron a la ceremonia de investidura, luciendo por primera vez el hábito. Entre cantos gregorianos y la Sagrada Misa, junto a otros novicios, nos convertimos en los nuevos frailes del convento.

¿¿La tarde cae y las campanas doblan anunciando a los frailes que es hora de retirarse a sus pequeñas celdas y camino a mi refugio me pregunto si a Flor le hubiese gustado verme como fraile??

Los años han pasado, ya no ejerzo el sacerdocio y siempre que voy a mi tierra - a Balzar - visito la tumba de Flor. Recuerdo aquella niña de cabellos sueltos al viento, cual pelusas de maíz, que trajo prosperidad a nuestra finca y fue - cual dice su nombre: Una hermosa flor. De allí que nunca dudé en que el nombre de esta historia –si algún día la escribía - debería ser: “La Flor del Maíz “.

UNIVERSIDAD TÉCNICA DE BABAHOYO



EDITORIAL
UNIVERSIDAD
TÉCNICA DE BABAHOYO



ISBN: 978-9942-606-17-4



9 789942 606174

